

## ARISTOCRACIAS DEL YO. MEMORIA, INMEDIATEZ Y ESCEPTICISMO EN LOS TEXTOS PRIVADOS DE ADOLFO BIOY CASARES

*Por* Martín I. Pérez Calarco

*A cada voyerista le corresponde su exhibicionista.*

Tinto Brass

Una serie de fenómenos de época parece interpelarnos acerca de nuestra vida privada. La multiplicación de medios para el exhibicionismo ha expandido dicha práctica al nivel de lo monstruoso. Si bien este trabajo es menos una propuesta teórica que el estudio de un caso, vale pensar en ciertos dispositivos textuales cuya función es poner en primer plano aspectos de la vida privada de quien los ejecuta.

A la luz del mentado “giro intimista” y de la exasperación contemporánea que hace de la vida de particulares material sujeto a la opinión pública, los textos autobiográficos, diarios, cartas, memorias, confesiones y demás se han convertido en expedientes destinados a juicios sociales. Es por demás evidente, que estos géneros no son invenciones recientes, atraviesan la modernidad desde el iluminismo y el romanticismo a la actualidad. Hemos pasado dos siglos inspeccionando la vida privada de los hombres ilustres dispuestos a contarla y hemos llegado al punto en que la condición de ilustres se ha tornado irrelevante a la hora de poner en texto las propias experiencias vitales. El pasaje del deleite ominoso de la lectura a la crucifixión civil del autor exige, al menos, replantearnos la dimensión del fenómeno.

El caso que nos ocupa es el del escritor argentino Adolfo Bioy Casares. El motivo de dicha elección es doble. En primera instancia, podríamos decir que Bioy Casares cierra con su muerte el siglo XX y que con él concluye una estirpe, un

modo de pensar la literatura propio del Siglo XIX<sup>1</sup>. Luego, el hecho de que ese cierre haya tenido como corolarios la publicación de una serie de textos cuya temática pone ante el lector menos una producción ficcional que un registro de su vida privada. Los textos en cuestión son: *Memorias* (1994), *En viaje* (1967) (1996), *De jardines ajenos* (1997), *Memorias sobre la Pampa y los gauchos* (1999), *Descanso de caminantes, diarios íntimos* (2001), *Borges* (2006); nos detendremos, fundamentalmente, en *Memorias y Descanso de caminantes, diarios íntimos*<sup>2</sup>.

### Acerca de la verdad

*La verdad no es necesariamente lo contrario de la ficción*

J. J. Saer

Tanto para *Memorias* como para la selección de *Diarios íntimos* es necesaria una primera advertencia: el nombre de autor será garantía de una “verdad del autor”. Esto no significa que Bioy creyera ingenuamente (su misma condición de autor de textos fantásticos se lo impediría) que un texto memorialístico o el registro cotidiano de lo acontecido fueran fieles a un acontecimiento o a una serie de acontecimientos pasados o una exacta representación de la experiencia; ya en *Memoria de la pampa y los gauchos* el autor indica lo siguiente: “Alego la autoridad de escritores, porque soy escritor y tengo el hábito de los libros; pero el trabajo que ahora me ocupa no es de erudición; reconoce por fuente primordial mi experiencia” (Bioy Casares 1970:18). Más adelante, refuerza la misma idea al decir: “El lector advertirá, desde luego, que la imagen presentada no corresponde, ni puede corresponder, a un personaje real. Yo eché mano a recuerdos y lecturas para reanimarla con todas sus anomalías y premeditadamente he señalado las perplejidades que me propuso” (37). O bien: “Acercar en alguna medida la imagen pública a la verdad del sujeto es un presuntuoso anhelo de estos apuntes” (Bioy Casares 1970:37).

La misma preocupación alcanza a los otros textos mencionados, como puede verse en las citas transcritas a continuación, en las que nos limitamos a dos ejemplos. Uno, de las *Memorias*, donde leemos: “En un verano, en Mar del Plata, escribí la *Memoria sobre la pampa y los gauchos*. Mi tal vez presuntuosa aspiración fue

<sup>1</sup> Tanto el patrimonio cultural como la formación intelectual de Bioy Casares emergen menos de una mediación institucional que de una tradición familiar y de cierta devoción autodidacta; en este sentido, su producción y sus juicios, en materia literaria, atraviesan el siglo sin diálogo explícito con las diversas teorías literarias y con un marcado desinterés por la academización de la literatura.

<sup>2</sup> Esto sin contar los sucesivos libros de diálogos y conversaciones con el autor y las innumerables entrevistas mediáticas.

rescatar para la verdad y para el afecto, esos dos temas que un largo manoseo deformaba” (Bioy Casares 1994:187). El otro, de los *Diarios íntimos*: “Sea este cuaderno testimonio de la rapidez de manos del pasado, que oculta, entierra, hace desaparecer todas las cosas, incluso a quien escribe estas líneas y también a ti, querido lector” (Bioy Casares 1970:7).

Hay reparos. Bioy es consciente de que lo que puede establecerse por escrito es una aproximación subjetiva. Sin embargo, la preocupación que ya se vislumbra en las citas anteriores y que las siguientes refuerzan parece ser siempre una y la misma: la verdad; criterio compartido con su amigo y coautor Borges, de quien no sería necesario afirmar que se inscribe también en la misma estirpe de escritores:

Para los dos, lo más importante era comprender. Sentíamos un gran placer cuando uno de nosotros explicaba al otro lo que sucedía. Tanto Borges como yo creíamos en la inteligencia como instrumento de comprensión. No se trataba entonces de él o de mí, de quien hablara, sino de haber entendido la verdad de algo (Bioy Casares 1994: 109).

Sin embargo, Bioy se debate en un dilema entre su necesidad de referir la verdad y la conciencia epistemológica de la precariedad del lenguaje. Así escribe:

Espero no morirme sin haber escrito algo sobre Borges. Lo que podría hacer es sólo contar cómo lo vi yo, cómo fue conmigo. Corregir algunos errores que se cometieron sobre él, defender a Borges y, sobre todo, defender la verdad. Siempre tuve una superstición con la verdad, tal vez yo estuviera más atado a la verdad que Borges. (Bioy Casares 1994: 115).

Como vemos, la cita se inicia con la relativización subjetiva, la condición de testigo directo y parcial; sin embargo, el afán último es hacer justicia, corregir, dar cuenta de la verdad. La verdad será, entonces, la “superstición” rectora, la intención subrepticia; donde la verdad es imposible, lo que emerge es la intención autorral, la “verdad del autor”. Los intersticios por los que asoma la “verdad del autor” son, como en la cita anterior, aquellos en que la escritura no está del todo bajo control, momentos en los que se filtra aquello que el autor no enuncia explícitamente. Ese será el Bioy de las *Memorias* y los *Diarios*.<sup>3</sup> El lector asiste, así, a un movimiento gradual en el que el autor se distancia de sus experiencias objetivándolas (*Memorias*) o, en sentido contrario, olvida toda atadura social y vuelca por escrito

---

<sup>3</sup> Hoy que tenemos a mano un tomo de 1663 páginas (*Borges*, 2006) que según Daniel Martino han diseñado juntos, podemos cerciorarnos de que Bioy ha intentado el relato objetivo y fragmentario del acontecer diario y de que lo recolectado de los diarios y apuntes de Bioy para la constitución del volumen sobre Borges es mucho menos un texto justiciero que un testimonio parcial que da cuenta, con absoluta naturalidad, de la dimensión íntima de una amistad de más de medio siglo.

el juicio más o menos espontáneo acerca de lo que se le cruza (*Descanso de caminantes, diarios íntimos*).

### Señas particulares

En principio, hay que señalar que Bioy Casares no dejó como testimonio de su vida una autobiografía sino una profusión de textos que exigen reconstruir fragmentos, una miscelánea de *varia lección*. En ningún momento accedemos a un monumento definitivo que el autor haya elegido como versión última de sí mismo. Hay dispersión, es el lector quien determinará la estructura final del relato biográfico de Bioy, uniendo partes, armando conjuntos, dando formas al rompecabezas de textos que el autor ha dejado. Quiero decir, si bien no hay una autobiografía de Adolfo Bioy Casares, un texto del autor que narre la totalidad de su experiencia vital, sí hay una serie de textos que se superponen y complementan, sin sustituirse, cuya materia enunciativa es de orden autobiográfico. Si bien en estos tipos de textos “tenemos siempre un conocimiento de la identidad del escritor así como información sobre sus propias experiencias” (Weintraub 1991: 19); la cuestión genérica, que se nos presenta ya desde los títulos (*Descanso de caminantes, diarios íntimos; Memorias*), exige una primera distinción. Sabemos que un texto memorialístico demanda una mirada retrospectiva que inevitablemente resignifica, desde el presente de la escritura, la selección de recuerdos y experiencias a narrar. Sabemos, también, que un diario íntimo da cuenta de un registro de lo inmediato y que su lectura trae al presente un presente anterior. Estas singularidades genéricas dan cuenta de que ante lo que podríamos llamar, provisoriamente, un mismo pacto autobiográfico (Lejeune 1991), la garantía de verdad que depositamos sobre el nombre de autor enfrenta el dilema de que la sujeción de ese nombre a los avatares del paso del tiempo admite garantizar la identidad de una misma ficción jurídica –un mismo sujeto civil– pero que no implica la unidad del sujeto experiencial.

### 30 denarios

*No hay biografía más que de la vida improductiva.*

R. Barthes

Dos fenómenos de índole eminentemente editorial atraviesan el *corpus* elegido. A pesar de su naturaleza, son fundamentales para acceder a la operación de fondo que lleva a cabo Bioy al publicar estos textos. Veamos más el detalle.

En 1994, sale a la venta el tomo *Memorias*, con el subtítulo *Infancia, adolescencia, y cómo se hace un escritor* y con la colaboración de Marcelo Pichón Rivière y Cristina Castro Cranwell. Primera observación: las *Memorias* de Bioy no son un relato totalizante; Bioy publica un volumen de memorias episódico y discontinuo. Según el “Índice”, la estructura interna del texto es, cuanto menos, irregular: capítulos meramente numerados del 1 al 23; los capítulos 24-25 bajo el subtítulo “Historia de mi familia”; mientras bajo el rótulo “Historia de mis libros” quedan los capítulos que van del 26 al 32. Sin embargo, fuera del índice, comprobamos que el capítulo 23 tiene el subtítulo “Miscelánea de recuerdos” y que cada “recuerdo”, a la vez, tiene un título alusivo (“Todo ciego requiere un lazarillo”, “Un amor en Nueva York”, “Lo que pudo un juego de naranjas”, “Sorteando peligros”, etc.). Este primer panorama da una idea de cómo funcionan las *Memorias* de Bioy. Pareciera que Bioy cede al funcionamiento aleatorio de su propia memoria, o que transcribiera, corrigiéndolo, lo que surge en una conversación. En general, cada capítulo numerado comienza con el relato de una situación extendida en el tiempo, un hábito colectivo de la familia o suyo propio, luego deriva en una anécdota puntual y culmina con una digresión.

Sin embargo, será otro el libro que nos permita vislumbrar lo que subyace a la escritura de esas “memorias”. En 1983, la editorial universitaria de Buenos Aires (EUDEBA) publicó *Genio y figura de Adolfo Bioy Casares*, una biografía escrita por Oscar Hermes Villordo. Este texto no se limita a cumplir sus funciones biográfica y antológica, añade a éstas un detalle de prolijidad intelectual que con el tiempo se tornó delación. Villordo contó, para la construcción del libro, con la colaboración del mismo Bioy; y a fuerza de legitimar su texto, menciona una y otra vez dos fuentes de puño y letra de Bioy: *Cronología y Aprendizaje*. Si volvemos al subtítulo de las *Memorias: Infancia, adolescencia, y cómo se hace un escritor*; veríamos que la correspondencia entre los términos no es azarosa. Dos períodos de esa cronología y una paráfrasis son el primer indicio del vínculo entre ambos textos. Si añadimos ahora que las citas que Villordo transcribe de *Cronología y Aprendizaje* son fragmentos, literales hasta en las comas, del texto que once años después saldría a la luz bajo el título de *Memorias*, resulta menos especulativo que evidente que las *Memorias* de Bioy no son más que la disposición que Pichón Rivière y Castro Cranwell (colaboradores) dieron a *Cronología y Aprendizaje* con los ajustes del caso. Bioy no escribió a desgano, como supone Alberto Giordano (2004), sus *Memorias*, las tenía escritas más de diez años antes de su publicación y se las había prestado como fuente a un biógrafo amigo.

A diferencia de sus *Memorias*, los *Diarios* de Bioy fueron publicados póstumamente. Aquí surge el primer acto de fe que exige la publicación de *Descanso de*

*caminantes*. Al iniciar los *Diarios*, el lector se encuentra ante una nota de Bioy y luego ingresa a la primera sección, de ésta pasa a la siguiente y así hasta el final. Una vez atravesado todo el libro, el “Posfacio” de Daniel Martino advierte que la selección de los fragmentos no fue realizada por Bioy Casares sino por el propio Martino a partir de los “criterios y puntos de vista” de Bioy, en tanto *Descanso de caminantes* sería el cuarto libro que cuenta con su colaboración<sup>4</sup>. El obstáculo que empaña el pacto de lectura ya no es el lenguaje mismo, sino el trabajo editorial a cargo de un otro designado por el autor. He aquí un nuevo quiebro de la figura autorial y de su consecuente “garantía de verdad”. Si bien la escritura del texto es la del autor que figura en la tapa, el “pacto autobiográfico” vuelve a fisurarse en tanto la selección del material y la estructura del texto han quedado en manos del director de edición y en tanto la advertencia al respecto aparece en la penúltima página.

Que *Descanso de caminantes, diarios íntimos*, sea una publicación póstuma no es un mero dato cronológico sino uno de los pilares para pensar un sentido posible respecto del supuesto “plan general de publicación de sus papeles privados” que menciona Daniel Martino, a cargo de la edición, en el “Posfacio” (Bioy Casares 2001:506). La nota inicial del tomo, que lleva la firma de Bioy, lo deja en claro:

Tenía razón Borges cuando desaprobaba los libros de brevedades. Yo replicaba que eran libros de lectura grata y que no veía por qué se privaría de ellos a los lectores. Los *Note-books* de Samuel Butler, *A Writer's Note-book* de Somerset Maugham me acompañaron a lo largo de viajes y de años. “Los de Butler se publicaron después de la muerte del autor”, dijo Borges y yo aún no vislumbré su argumento. Sin embargo, de algún modo debí admitirlo, porque a pesar de tener infinidad de observaciones y reflexiones breves, más o menos epigramáticas, sin contar sueños, relatos cortos y dísticos, año tras años he postergado la publicación de mi anunciado libro de brevedades. Debo sentir que su publicación, en vida, excedería el límite de vanidad soportable. Digo *soportable* porque en casi toda publicación hay vanidad... (Bioy Casares 2001: 7).

Hay entonces, un supuesto “plan general” guiado por la explícita decisión de que la mayor parte del material fuera publicado tras la muerte del autor. A la inmediata acusación de oportunismo editorial, responderé que *Descanso de caminantes* apareció dos años después de la muerte de Bioy. La operación que vislumbro es otra.

---

<sup>4</sup> Si bien esto sugiere un lector lineal que no tiene por qué coincidir con el lector real, la intención es mostrar que la estructura del texto está determinada por decisiones sustancialmente editoriales.

## La muerte del autor

*Lo íntimo es lo que se da el lujo de prescindir de las palabras.*

Alan Pauls

La primera persona que construye Bioy para narrar sus *Memorias* da cuenta de un sujeto en plena comunión con su pasado. La materia de los enunciados (de la desaparición de un Pomerania a un viaje a Nueva York, de la doma de una petisa colorada a la gestación de sus obras) es expuesta con cierta candidez; la memoria parece dictar un itinerario por el pasado sin demasiados visos de introspección. Bioy no se pone en jaque; cuando intenta la explicación de algún pasaje en el que su mirada idílica no concuerda del todo con lo enunciado, lo hace como al pasar, con verbos condicionales, en una o dos líneas y sin compromiso visible con la supuesta búsqueda de verdad de la que hace alarde. La obra, en general, no añade a su imagen pública más que una ratificación. En contraposición, serán sus diarios lo encargados de dejar testimonio de una faceta más corrosiva y cotidiana del autor.

*Descanso de caminantes, diarios íntimos*, se compone de fragmentos compilados, en parte, de diarios de entradas debidamente fechadas y, en parte, de cuadernos de apuntes que no responden al rigor del calendario. Este registro de lo íntimo que Bioy realiza permanentemente desde, al menos, 1947 responde a la mecánica de todo texto privado; “se los escribe para uno mismo, para articular lo informe, pero esa articulación misma ya transporta el esbozo de un interlocutor<sup>5</sup>. Se lo escribe para que lo lea otro, aunque ese otro, por el momento, sea uno mismo” (Aira 2008: 10). Es decir, aún cuando no exista la idea de su publicación, los textos crean un lector<sup>6</sup>. Este lector será, entonces, un lector confidente.

En una cita cuyo autor no está especificado, Martino sostiene que Bioy registra la memoria de sus días con “la inteligente y dulce urbanidad que permite escuchar con indulgencia la expresión ingenua de sentimientos bajos” (505). Ese parece ser el lector al que aspira el texto. Aquel que a cambio de la confidencia, del “secreto”, acepte la ingenuidad de la forma y opte por ser indulgente. Sin embargo, Bioy se limitaba a un comentario un tanto más cínico: “Sea este cuaderno testimonio de la rapidez de manos del pasado, que oculta, entierra, hace desaparecer todas las cosas,

<sup>5</sup> En *Descanso de caminantes*, aparentemente, sólo figuran fragmentos que datan de mediados de la década del setenta; no ocurre lo mismo en *Borges* (2006), cuya anotación cronológica se inicia en 1947 y culmina poco después de la muerte de Borges.

<sup>6</sup> En el caso de *Descanso de caminantes* aparecen referencias directas y explícitas a un hipotético lector, en la mayoría de los casos en anotaciones no fechadas que, intuyo, parecen responder al período en que el formato específico del diario (entradas diarias, fechadas y referentes al acontecer inmediato) ya había sido desplazado por los cuadernos de apuntes de los que Martino habla en el “Posfascio” (Bioy Casares 2001: 505-6).

incluso a quien escribe estas líneas y también a ti, querido lector” (Bioy Casares 2001:7). Ese cinismo inaugural atraviesa los tópicos generales que se suceden de modo casi permanente a través de todo el volumen (la vejez, las mujeres, los amigos, la literatura, los sueños, curiosidades idiomáticas, los hechos que lo sorprenden). No obstante, la forma en que estos motivos centrales se ramifican en diversidad de aspectos o llegan a superponerse, hace que el abanico temático se enriquezca en tanto abarca numerosas esferas del entorno cotidiano del autor. Bioy funciona como un lente divergente que la realidad inmediata atraviesa para luego descomponerse según el tamiz de su percepción.

En tanto Bioy deposita en sus diarios y apuntes aquello que está al resguardo del acceso público, la libertad de la escritura se extrema hasta donde su pudor de vanidad se lo permite. Sus juicios crueles respecto de personas del mundillo literario se multiplican a la par que sus reflexiones impías acerca de la vejez y las enfermedades. Su misoginia discursiva llega a momentos culminantes a través de la ironía:

Dijo mi amiga: “Una persona que menstrúa una vez cada veintitantos días no puede ser filósofo”. Atinadas palabras a las que yo agregaría (después de nuestra *serata* del 7 de agosto de 1981): Tampoco amante”. (Bioy Casares 2001:183).

El caso más evidente de esa liberación de las ataduras que impone el mundo social-público son los sueños transcritos. A lo largo del volumen, Bioy da cuenta de numerosos sueños. En la mayoría de los casos el material onírico es meramente relevado en la escritura, en unos pocos aparecen advertencias, o bien, intentos de explicaciones que rastrean los restos diurnos linealmente reconocibles. Los siguientes fragmentos pretenden mostrar la “transparencia” de contenidos que no requieren mayor explicación (lo sexual, la angustia ante la fama literaria de otro).

Sueño, que por prudencia no debiera contar. Salgo a caballo, en el campo. Me alejo bastante de las casas, quizá demasiado, porque siento alguna angustia sobre la posibilidad de volver, ya que mi cabalgadura está cansada y, por lástima, no quiero exigirle un esfuerzo penoso. Mi cabalgadura es una muchacha fina, alta, blanca, desnuda, linda. Me lleva en su espalda, “a babuchas”. ( 106-7).

Sueño (vergonzoso). Voy en la punta del maratón, Cortázar me sigue. Habrá que ver si no me alcanza poco antes de llegar a la meta, que es en el pueblo de... Con alguna aprensión recuerdo, en el sueño, el caso, repetidamente visto en televisión, de punteros alcanzados y pasados en el tramo final. Cortázar no me alcanza. Entro en el pueblo y me distraigo en conversaciones con el público.

Me entero al rato de que debí presentarme ante el comisario para declarar mi llegada. A mí nadie me previno (393).



Los sueños relatados no son inocentes. No obstante, Bioy no prohíbe su publicación ni los atenúa más que con sugerentes advertencias. Bioy sabe que su imagen no queda indemne, pero al mismo tiempo que no apela a justificaciones ni se resuelve a indagar por escrito una decodificación explicativa, tampoco da evidencias de proyectar una culpabilidad significativa respecto de lo expuesto. La “prudencia” de la que habla antes de relatar el sueño de la “muchacha-cabalgadura” es el resguardo de lo íntimo respecto de terceros pero sólo en relación al juicio inmediato. El hecho de que lo narre de todos modos es, acaso, indicio del grado de encriptamiento con que Bioy concebía sus apuntes privados; el hecho de que haya llegado al lector, prueba de que su imagen póstuma no es un conflicto para el autor.

De esta manera, Bioy establece un umbral límite. Si estos sueños responden a la “verdad” que el autor decide dar sobre sí mismo, lo que no deba saberse no será transcrito. El mayor riesgo será lo que el lector pueda vislumbrar en los intersticios de la letra, algo que no figura explícitamente en la página.

Así como sólo permite la destrucción de su imagen pública con la edición póstuma de sus textos íntimos (toda vez que no incidan sobre la realidad inmediata), sólo se va a permitir a sí mismo registrar aquello que no implique el autocuestionamiento. Lo doloroso, al ser registrado, es ahuyentado por el recurso a la ironía o bien por la imposibilidad de remediarlo: Bioy lamenta no haber sido más cortés con una conocida recientemente fallecida o no haber respondido cartas a ciertas personas más o menos queridas, de cuya muerte es informado o resuelve con ciertas marcas de mordacidad el lamento de la vejez que lo hace poco deseable a las mujeres. Así, el registro de escritura que domina las *Memorias*, cándido hasta la inverosimilitud, parece coexistir, en los *Diarios*, con otro registro más corrosivo. Esa corrosión suele adquirir formas satíricas y se funda, eminentemente, en la intimidad de los tópicos. El *continuum* gradual va de la mera picardía a la mordacidad cruel, siempre bajo la coartada humorística.

### **Noticias de ayer**

Vale, ahora, señalar ciertas anotaciones excepcionales que articulan el espacio privado de Bioy con un contexto público que se filtra en la intersección de ambas dimensiones. El ejemplo más claro y relevante es la inserción del acontecer político. El ingreso a los diarios de cuestiones políticas es de orden minoritario. No obstante, a las esporádicas apariciones del recurrente y enfático antiperonismo del autor, se suman dos notas que toman al lector por sorpresa.

Una es de mayo de 1976. La transcripción parcial de la cita se debe a su extensión (quizá sea la entrada más extensa del volumen):

Fin de una tarde, en Buenos Aires, 1976. ...[...]...Al lado de ella me sentí reconfortado, de nuevo en mi mundo. No podía dejar de pensar en ese hombre que ante mis ojos corrió y murió. Menos mal que no le vi la cara, me dije. Cuando le conté el asunto a un amigo, me explicó: “Fue un fusilamiento” ... Si alguien hubiera conocido mi estado de ánimo durante los hechos, hubiera pensado que soy muy valiente. La verdad es que no tuve miedo, durante la acción, porque me faltó tiempo para convencerme de lo que pasaba; y después, porque ya había pasado. Además, la situación me pareció irreal. La corrida, menos rápida que esforzada; los balazos, de utilería. Tal vez el momento de los tiros se pareció a escenas de tiros, más intensas, más conmovedoramente detalladas, que vi en el cinematógrafo. Para mí la realidad imitó al arte. Ese momento, único en mi vida, se parecía a momentos de infinidad de películas. Mientras lo vi, me conmovió menos que los del cine; pero me dejó más triste (Bioy Casares 2001: 28).

El cuerpo del texto omitido en la cita es el testimonio que deja Bioy respecto de un hecho ocurrido en la calle que lo tuvo como testigo. Ese acontecimiento es un fusilamiento. El extracto citado conforma el marco en que el extenso relato se inserta. Bioy sale del cine, regresa a su casa, recuerda una cita con una amante y llega a la hora que el supone pactada. Luego, ocurren la persecución y el fusilamiento delante de sí. Finalmente, ella llega y se van. La postrera reflexión es un regreso a lo cinematográfico, compara su escena con otras que vio en el cine; apenas se atreve a decir que siente tristeza. No hay comentario ni reflexión alguna respecto del reciente golpe del que fue, al principio, partidario y luego denostador. La segunda nota, titulada “Por lo que pudiera pasar”, es de julio de 1976 y relata la paulatina intromisión de un tesista en casa de Bioy. Según éste, la muchacha, procedente de alguna provincia del interior del país, utiliza como pretexto el hecho de estar trabajando la obra de Bioy para pasar cada vez más tiempo dentro de la casa del autor. Finalmente, la chica logra instalarse a vivir ocasionando un malestar evidente a todos los integrantes de la familia que le da alojamiento. El cierre del pasaje es el siguiente:

Los otros días, cuando me enteré de que su nombre materno es G., conté que a una chica G. se la llevaron fuerzas paramilitares y que el marido está prófugo. “¿Marcela G.?”, preguntó. “Sí, Marcela” (creo que mencionó su nombre mi informante). “Es mi sobrina”, contestó la M. Esa noche lloró con sacudones, pero sin lágrimas. Al día siguiente me habló. Me dijo: “Yo sé lo que usted piensa”. Sinceramente le contesté: “No sé a qué se refiere”. “Sí, sabe”. “Le digo que no sé”. “Bueno, quiero aclararle –me dijo– que no tengo nada que ver con la guerrilla”. Quedé anonadado. Furioso, le dije: “Nunca se me ocurrió que usted tuviera nada que ver con la guerrilla”. “Bueno –contestó– pero como hoy nunca se sabe y en mi provincia tanta gente pertenece... Mi amiga más íntima, mi colaboradora de siempre, resultó ser guerrillera, lo que yo nunca había sospechado. A mí me aconsejaron

alejarme, no volver por un tiempo”. De pronto entendí todo: su pelea con las primas, que ahora no quieren hospedarla; su inaudita intromisión en casa, de la que no sale nunca; su renuncia a las cátedras. En verdad no creo que me exponga: una persona como esta no puede estar en una organización extremista, por estúpida que sea.” (Bioy Casares 2001:31-32).

Según su propio relato, Bioy da refugio a la tesista sin saberlo, pero a la vez está completamente informado respecto de lo que ocurre a su alrededor. Con dos meses de distancia, “su mundo” es invadido por la coyuntura nacional. Su silencio al respecto se solapa en la ironía del breve diálogo que antecede a esta última anotación: “—¿Qué es eso?

— Nada. Seguramente alguna bomba”. (Bioy Casares 2001:31).

La lección es clara, el mundo que Bioy realmente prefiere, el que le importa registrar, es un mundo deshistorizado cuyas coordenadas espaciotemporales son un mero marco de referencia. Bioy no interviene positivamente más que como testigo ocasional, cuya privacidad se ve interferida por esas filtraciones del mundo exterior, mira a través de un cristal blindado que lo protege. Lo político queda fuera de sus intereses personales.

### **Antes de Bioy, después de Bioy**

Lejos del clásico modelo del autor retirado que dedica la vejez a reflexionar sobre su propia vida con el fin de legar un testimonio de sí mismo a la posteridad, Bioy no hace más que publicar una serie de textos que datan de varios años antes (*En viaje* (1967) y *Memorias*); simultáneamente, da continuidad a un registro de lo íntimo que realiza permanentemente desde, al menos, 1947 que será publicado parcialmente, tras su muerte, en dos tomos (*Descanso de caminantes, diarios íntimos* y *Borges*).

La hipótesis según la cual la publicación de los papeles privados de Bioy responde a motivos económicos es, por demás, plausible, sin embargo, no alcanza para explicar la forma que finalmente tuvo el supuesto “plan general” del que habla Martino. Es decir, si bien es probable que Bioy se hubiera visto tentado por una propuesta editorial respecto de sus papeles privados, eso no implicó una escritura contra reloj sino más probablemente la autorización supervisada para la publicación de sus papeles ya existentes y no del todo pensados para la circulación pública.

Bioy parece desentenderse de sus papeles autobiográficos. Consiente la publicación de *Cronología y Aprendizaje*, bajo el título *Memorias*, y de las cartas escri-

tas en 1967. Ese desentenderse es, no obstante, una especie de garantía de que su imagen pública no corre peligro. En cambio, o a cambio, ofrece los textos póstumos. En estos últimos, la posteridad podrá acceder a aquellos detalles antes silenciados, pero Bioy ya no será más que una firma sobre la que se sostiene una imagen pública que ya no le pesará al sujeto civil. El correlato del gesto escéptico es la impunidad. Como el suicida que deja un crimen impago, Bioy ha ejecutado un acto póstumo cuyas consecuencias no lo tendrán como testigo y cuya condena solo afectará a una imagen pública que, tras su muerte, lo tiene sin cuidado. Bajo la coartada de la “vanidad”, Bioy elude las molestias que sus textos íntimos podrían haberle generado en vida; fiel a su condición de lector de “libros de brevedades” nos lega el suyo para el deleite ominoso.

#### BIBLIOGRAFÍA:

- AIRA, César (2008). “La intimidad”. *Boletín DEL CENTRO DE ESTUDIOS DE TEORÍA Y CRÍTICA LITERARIA*, Rosario, Nro. 13/14: 6-12.
- BARTHES, Roland (1978). *Roland Barthes por Roland Barthes*, trad. Julieta Sucre, Caracas, Monte Ávila.
- BIOY CASARES, Adolfo (1994). *Memorias*, Barcelona-Buenos Aires, Tusquets.
- \_\_\_\_\_, (1996). *En viaje (1967)*, edición al cuidado de Daniel Martino, Buenos Aires, Norma.
- \_\_\_\_\_, (1997). *De jardines ajenos*, Temas Grupo Editorial.
- \_\_\_\_\_, (1999). *Memorias sobre la Pampa y los Gauchos*, Buenos Aires, Emecé.
- \_\_\_\_\_, (2001). *Descanso de caminantes, diarios íntimos*, edición al cuidado de Daniel Martino, Buenos Aires, Sudamericana.
- \_\_\_\_\_, (2006). *Borges*, edición al cuidado de Daniel Martino, Buenos Aires, Destino.
- DE TORO, Alfonso y REGAZZONI, Susana (Eds.) (2002). *Homenaje a Adolfo Bioy Casares. Una retrospectiva de su obra*. Madrid, Iberoamericana.
- Giordano, Alberto (2004). “La intimidad de un hombre simple. Sobre las *Memorias* de Adolfo Bioy Casares”, Actas del Segundo Congreso Internacional CELEHIS de Literatura, Universidad Nacional de Mar del Plata, Facultad de Humanidades.
- \_\_\_\_\_, (2008). “El giro intimista. Las confesiones de Daniel Link”. *Boletín DEL CENTRO DE ESTUDIOS DE TEORÍA Y CRÍTICA LITERARIA*, Rosario, Nro. 13/14: 51-63.
- GUSDORF, Georges (1991). “Condiciones y límites de la autobiografía”, *Suplementos Anthropos*, Nro. 29: 9-18.
- HERMES Villordo, Oscar (1983). *Genio y figura de Adolfo Bioy Casares*, Buenos Aires, Eudeba.
- LEJEUNE, Philippe. “El pacto autobiográfico”, *Suplementos Anthropos*, Nro. 29. 1991, pags. 47-62.
- LÓPEZ, Sergio (2000). *Palabra de Bioy, conversaciones con Sergio López*, Buenos Aires, Emecé.

- LOUREIRO, Ángel (1991). "Problemas teóricos de la autobiografía", *Suplementos Anthropos*, Nro. 29: 2-9.
- PAULS, Alan (2008). "El fondo de los fondos". *Boletín DEL CENTRO DE ESTUDIOS DE TEORÍA Y CRÍTICA LITERARIA*, Rosario, Nro.13/14: 47-53.
- ROFFÉ, Reina. "Los diarios de Bioy Casares". *Cuadernos Hispanoamericanos*, 2002, n° 619, p. 117-119.
- ROSA, Nicolás (1990). *El arte del olvido, sobre la autobiografía*, Buenos Aires, Puntosur.
- SORRENTINO, Fernando (2001) [1992]. *Siete conversaciones con Adolfo Bioy Casares*, Buenos Aires, El Ateneo, 2001.
- WEINTRAUB, Karl (1991). "Autobiografía y conciencia histórica". *Suplementos Anthropos*, Nro. 29:18-33.

